

Una de un hombre noble en la apostura
 La otra es Bruno y la que queda, un hombre
 De humilde catadura

De quien sin duda no se sabe el nombre.

—Decid, ¿teneis dinero?

Le preguntaba Bruno al caballero,

Porque á tenerlo os juro

Que hoy vagábais ya libre de seguro,

Y acaso salvaría

Vuestro temible arrojó y ardimiento

Hoy de las garras del león sangriento

A vuestra bella, celestial María.

—Dinero, dijo Eduardo, lo he ofrecido

A tus traidores camaradas,

—Vamos,

Repuso Bruno, no nos entendemos,

Pues si yo les duplico la parada

A éste y al centinela bien compramos

Y esta noche emprendemos la jornada

Y á la morada del patron llegamos.

—Hazlo todo y te fío

Por Dios y el honor mío

Que premio habrás y mi amistad si quieres.

—Señor, por solo premio,

Quiero salvar á esa infeliz que llora;

Y si después os place

Mandadme como esclavo á toda hora,

Que aunque en el crimen me sumí, conservo

Un corazón leal, una alma buena,

Porque noble nací, pero soy malo

Al detestable influjo

De un recuerdo fatal que me envenena,

Y por eso mi vida

Arrastro confundida

Con estos miserables

Y me aduno á mi vez á sus delitos

Y á sus tramas de horror abominables:

Yo amé, señor, á una mujer un día,

Más que á mi vida, que á mi honor, que á

[todo,

Y una perfidia de la ingrata impía

Mi hermoso porvenir cubrió de lodo;

Y despechado me perdí en el mundo,

Disipando con crímenes y horrores

El recuerdo fatal de mis amores

Y devorando mi pesar profundo.

Era tan bella cual la vuestra, y era

Aún de la misma edad, y no os asombre,

Era en fin hechicera
Y... María de los Ángeles su nombre.
—¿Qué dices....?

—Sí, señor; pero la suerte
A poco tiempo quiso
Entregarla en los brazos de la muerte.—

Pálida la color, preso el aliento,
Escuchó Eduardo la terrible historia,
Trayendo á la memoria
De mil diversos modos
Los incidentes todos.
«Si ella será?» temblando repetía,
—Si el misterio se aclara, soy perdido,
Y aunque asegura que murió María
Por qué creer palabras de un bandido?
Mas si obra con lealtad, lealtad me sobra,
Y si es noble, nobleza no me falta,
Él por instintos generosos obra,
Y á mí la duda y el temor me asalta.

—Escucha, porque á fé de caballero,
Quiero que sepas lo que acaso ignoras;
Si mientes ¡ay de tí! mas si eres noble
No traiciones jamás con villanía

La confesión de un corazón sincero.
Esa mujer que desolada llora
Y en su desdicha implora
Del cielo compasión en su agonía,
Es bella como bella era María,
Y de la misma edad que aquélla era:
Escucha y no te asombre,
Es en fin hechicera,
Y es... María de los Ángeles su nombre!
Impasible el bandido
El nombre oyó con fría indiferencia.
Dijo, cuando Aguilar hubo concluído:
—Es, no obstante, muy rara coincidencia;
Yo era pequeño niño,
Benévolo un anciano
Me tendió generoso franca mano
Y á su lado viví; pero en mi pecho
Fué encendiéndose el fuego del cariño
Hacia la bellísima María
En quien todo su amor y sus cuidados
El pobre anciano sin cesar ponía.
Ella me amó, pero jamás miraba
En mí otro sentimiento
Que el amor fraternal; yo me creía

Dueño absoluto de su amor ardiente
 Y la ofrecí de esposo la cadena;
 Mas el anciano rígido
 Tratándome cual mísero y menguado
 Me arrojó para siempre de su lado,
 Y á infame sociedad en mi despecho
 Me uní buscando sin cesar la muerte,
 Burlándome del mundo y de la suerte.

En la noche pasada,
 Mirando unos solemnes funerales
 Me dijo un camarada:
 —Ayúdame á cargar con esa joven
 Que conduzco de Pablo á la morada;
 Indagué su dolencia y me dijeron
 Que al oír vuestro nombre,
 Como herida de un rayo,
 Cayó postrada en sepulcral desmayo,
 Y según lo que advierto,
 Le dijeron tal vez en las exequias
 Que vos érais el muerto,
 Supe después que os sepultó Don Pablo
 En este sitio oscuro
 Y que tuvo también una partida

Donde bravo campeón le dió una herida.
 —Ya lo comprendo todo.

—Dispensadme,

Que á acabar me apresuro:
 Al saber que una joven hechicera
 Que se llama María
 Fué la presa del tigre carnívero,
 Vino súbitamente á mi memoria
 Esa pasada historia
 Que por siempre fijó la suerte mía,
 Y me sentí inclinado
 Á hacer el bien, mi corazón acaso
 Después de muchos años
 Por la primera vez ternura siente
 Y detiene mi paso,
 Y es con un infeliz dulce y clemente.
 —Bien está, tu franqueza me enagena,
 De firme confianza
 El corazón me llena
 Y fundo en tí dulcísima esperanza;
 Pero leal y cumplido caballero
 Abusar yo no quiero
 De tu buen corazón y con franqueza
 A mi vez te pregunto: ¿si esa joven

Fuera tal vez á la que amaste tanto
Y supieras que yo, más venturoso,
Soy esta vez su prometido esposo,
Me salvarías también?

—Señor, lo juro.

—Tienes un corazón noble y sincero
Jamás creí que entre bandidos viles
Encontrara mi suerte un caballero.

—Yo sé, repuso Bruno brevemente,
Que la amais con pasión y que ella os ama
Con un amor purísimo y ferviente:
Yo la adoro también, pero me juzgo
Del todo indigno de ella,
Y pues que ha muerto para mí en el mundo
Creo que hay entre ambos la distancia
Que entre un reptil inmundado
Y una remota refulgente estrella.
Yo sé muy bien que ha muerto mi María;
Mas si la vuestra es ella
Del mismo modo que si hubiera muerto
Tan solo para vos la salvaría.
—Gracias, gracias te doy, presto volemós.
—Ah! no temais aún por su pureza

Porque el cielo sin duda
Nos ha favorecido.
—Ah! que no tiemble la infeliz paloma
Cuando el tigre está herido.

VIII.

EL REGRESO.

La tarde va declinando
Entre luces y entre sombras,
El Sol en el occidente
Negros velos encapotan,
Y apenas lanza un reflejo
Que las nubes tornasolan
De carmín y de violeta
Ó con una tinta roja
Que mil caprichosos grupos
Con esos vapores forman,
Que semejan muchas veces
De la zafirina bóveda,
Que de dosel sirve al mundo,
Las risueñas banderolas.
Todo calla, poco á poco
La naturaleza toda

Se recoje en esa tienda
 Enlutada y pavorosa
 Que prendida en el zenit
 Difunde do quier la sombra.
 No cantan los ruiseñores,
 Ni se quejan las palomas,
 Ni trepa la inquieta cabra
 Por las esmaltadas lomas.
 Ya no silban los pastores
 Esas cántigas monótonas
 Con que á la lumbre del Sol
 Distraen su calma estólida,
 Ni en el desierto camino
 Andan los que van y tornan
 En direcciones opuestas
 Siguiendo su ruta sola.
 Todo calla, todo duerme,
 Y en sorda calma reposa,
 Y sólo tres caminantes
 Entre las sombras dudosas
 Del crepúsculo sombrío
 A paso, que poco acortan,
 En tres airosos caballos
 Cabalgan á tales horas.

Dos de ellos van por delante
 Como conversando á solas
 Y á respetuosa distancia,
 Como escudero ó escolta,
 El otro que á sorprender
 Sus tristes miradas torvas,
 Camina como impelido
 Por una ley poderosa
 Más bien que porque le plazca
 Seguir la jornada toda
 Detrás de los que se pierden
 En conversaciones hondas,
 Que si no sabe, adivina,
 Y si adivina le acosan,
 Rasgándole el corazón
 Como espinas punzadoras,
 Pues tales eran las voces
 Que escuchar no le acomoda.

—
 «María, arcángel que en mi mente evocas,
 Dulce, magnífica ilusión, ¡María!
 Tú eres el germen de mis ansias locas,
 Tú eres la estrella que mis pasos guía;
 Sin tí la vida detestable fuera,

Sin tí cual pobre insecto yo estuviera,
 Sin alma, sin amor, sin fé, sin vida:
 Tesoro del amor que me inspiraste,
 Encanto de la fé que conservaste
 En mi gastado corazón; las horas
 Pasando van cual aves voladoras,
 Cuando estoy junto á tí, cuando te miro,
 Cuando contemplo estático, extasiado,
 Tu angelical semblante
 Y se exhala del pecho
 De suprema emoción hondo suspiro,
 Divina luz de perenal ventura;
 Tú viertes á torrentes la dulzura
 En mi vida sombría,
 Alma del alma mía.»

No se oyó más, que desatado el viento
 Sacudió el follaje de los árboles
 Confundiendo sus plácidos rumores
 Con el sonoro acento
 De aquellos venturosos amadores
 Henchido el corazón de amor ardiente,
 Y la abrasada mente
 Llena de venturosas ilusiones.

Ambos se adoran, sí, con fé constante,
 Ambos ardiendo en la vorace llama
 De su inmensa pasión, su pensamiento
 Vive no más para la dicha inmensa.
 Para un mundo divino
 De luz y de placer, y de delicias
 De dulces emociones y caricias,
 De eterna venturanza,
 Que les marca risueño su destino
 Y les ofrece alegre su esperanza.
 Ese mundo magnífico dó vuela
 El alma enamorada,
 Ese mundo en que giran
 Suavísimas las brisas,
 Levantando doquiera mil rumores,
 Que en sonos delicados
 Acompañan de músicos alados
 La tierna melodía de sus amores;
 Donde las fuentes corren cristalinas
 Entre las guijas con gentil murmullo,
 Donde pían las pardas golondrinas
 Y levantan las tórtolas su arrullo,
 Donde gallardas flores
 Se abren al beso cariñoso y blando

Del aura que recoje sus olores
 Entre las ramas sin cesar vagando;
 Ese mundo en que el férvido poeta
 Nacido para el templo de la gloria
 Encuentra un manantial inagotable
 De imágenes que exaltan su memoria,
 De goces que acarician los sentidos
 En deliciosa calma,
 De sentimientos para el pecho tierno,
 De pensamientos puros para el alma.
 Mas ¡ay! que en esta vida
 Cual la implacable muerte
 Tiene el destino la segur alzada,
 Y en medio del placer y la ventura
 Grita: «hasta aquí» fatídico y terrible
 Y derrama honda copa de amargura
 Y en vez de encontrar flores
 Sólo miran los ojos,
 Al ocultar el Sol sus resplandores,
 Lágrimas, tedio, sinsabor, enojos.
 Todo muere cual rosa en los jardines,
 Todo pasa cual nube vaporosa,
 Todo se extingue cual la luz dudosa
 De crepúsculo vago
 Del nublado horizonte en los confines.

¡Pobres amantes los que ahora ríen,
 Pobres palomas las que ahora cantan;
 En tanto que en su júbilo se engrien,
 Negros pesares, súbitos dolores,
 Para apagar sus goces se levantan:
 Esos tranquilos seres que caminan
 En medio de su espléndida ventura
 Y ante el amor su corazón inclinan,
 Vendrá negro fantasma
 A derramar en su alma su amargura.

IX.

PERDÓN Y MUERTE.

A un lado de antigua casa
 De musgosos paredones,
 Hay un humilde portal
 Tan abandonado entonces,
 Que nace sobre él la yerba
 Y entre sus grietas se esconden
 Los reptiles y en sus vigas
 Hacen nidos los aviones.
 De pronto tres caminantes
 Al pié de los escalones

Echan pié á tierra, en seguida
 Dan en la puerta dos golpes,
 Pero nadie al parecer
 Acude á saber quién toque
 A hora tan desusada,
 Pues es entrada la noche.
 Tocaron segunda vez,
 Pero nadie les responde;
 Parece que en la tal casa
 Ó duermen como lirones,
 Ó no hay en ella vivientes,
 Ó los vivientes no oyen,
 Pues hasta por cinco veces
 Se repitieron los golpes,
 Y ya perdían la esperanza
 Cuando girando en sus goznes
 La desmantelada puerta
 Delante de ellos abrióse.
 Y al fin de los oscuros aposentos
 El de un anciano estaba
 Infundiendo pavor á los nacidos,
 Como todo lugar donde los pasos
 De la terrible muerte son sentilos.
 A la medrosa luz de una bujía

Se mira sobre el lecho
 Al desdichado padre de María
 A quien la ingratitud de una hija amada
 Hirió cual dardo agudo,
 Y resistir á su dolor no pudo.
 Él va á morir; amargas decepciones
 Como de invierno crudo los turbiones
 Desgajaron el tronco que ostentaba
 Su follage pomposo, que la brisa
 Con lánguido rumor acariciaba;
 Y al murmurar adios, mírase solo,
 Solo con Dios, que sus dolores cuenta,
 Que á medida que su hálito se extingue
 Su fé fortalecida se acrecienta.
 Desusado rumor en esa calma
 En que el anciano emprende la partida
 Percibe en derredor, alguien lo toca
 Y con magia cruel habla á su alma:
 En vano tiende los inquietos ojos;
 No vé, mas siente que á sus piés helados
 Temblando una mujer cayó de hinojos.
 «¡Padre!» exclamó, llorando,
 Con hondo acento de dolor María,
 «¡Padre, perdón, perdón!» siguió clamando

Y el anciano á su voz no respondía.
 Sordo, insensible el padre á su deseo,
 El silencio reinaba,
 María mil sollozos exhalaba
 Acosada de dudas horrorosas
 Hasta que al fin la faz desencajada
 Apoyando la faz en la almohada
 Dijo con debil voz el moribundo:
 —Dime quién eres tú... no te conozco...
 Porque en tu frente veo
 Huella de deshonor, tu pecho leo,
 Y negra ingratitud allí escondida
 Acusa á la insensible parricida.
 —Padre, soy pura y os adoro ciega.
 —Mientes, la que huye de mis dulces lares
 Sólo guiada de amorosa llama
 Y atribula á su padre de pesares,
 Ni es pura, ni es mi hija, ni me ama.....
 —Padre, Dios mío, por piedad!
 —Ingrata.

Tú, cuya cuna con afán prolijo
 Meció este anciano que te amaba tanto,
 Pagas su amor y su ternura inmensa
 Con desconsuelo y sinsabor y llanto!

Tú que formaste un día
 La dulce dicha de la vida mía,
 Tú á quien diera mi alma en cada beso
 Porque tú eras mi encanto, mi embeleso,
 Tú que hiciste feliz mi negra suerte,
 Hoy pagas mi ternura y sacrificios
 Arrojándome en brazos de la muerte;
 Sí, sí, el puñal que rompe mi existencia
 Lo blandes tú, brillando está en tu mano,
 Ya basta por piedad, si ya me heriste,
 Deja morir... en paz... á un pobre anciano!
 Dijo, y pudiendo apenas
 Reclinarse en el lecho
 Su luenga y blanca barba
 Apoyó lentamente sobre el pecho.
 —En el nombre del cielo, por las horas
 Que á vuestro lado coronó la dicha,
 Escuchadme por Dios; harta de penas,
 Por terribles congojas acosada,
 Nunca rompí las plácidas cadenas
 De mi amor hacia vos: arrebatada
 Por vértigo infernal, en un momento
 Aún de mí me olvidé; pero bien pronto
 La luz de la razón iluminando

Mi mente enagenada
 Comprendí la extensión de mi locura,
 Y con ferviente anhelo
 Elevando mis preces hasta el cielo
 Amparo le pedí en mi desventura,
 Y el cielo me escuchó: la Virgen Santa
 De los Ángeles pura
 Su portentosa protección me diera,
 Y anegados en lágrimas mis ojos
 Y abrasado mi sér en fé cristiana,
 Agradecida le ofrecí de hinojos,
 En el oscuro claustro arrepentida,
 Consagrar á su amor toda mi vida:
 Mas antes de pasar á ese recinto
 Donde expiaré mis faltas penitente,
 Dadme oh padre, por Dios, dadme clemente,
 Vuestro perdón, y que conserve al menos
 Acá en mi corazón despedazado
 El recuerdo de haberme perdonado;
 Muévanse vuestros labios en mi abono:
 Padre, ¡perdón!—Y el viejo incorporándose,
 Espirando exclamó:—¡Yo te perdono!
 María en los férvidos excesos
 De su amor y su pena y su quebranto,

Dejó correr el contenido llanto
 Y las heladas manos del cadáver
 En su arranque febril cubrió de besos.

X.

LA TUMBA Y EL CORO.

A respetuosa distancia
 É inmóviles entre tanto
 Estaban Eduardo y Bruno
 Cual dos estátuas de mármol.
 ¡Qué distintos pensamientos,
 Cuántos dolores, y cuántos
 Desengaños combatían
 El pecho herido de entrambos!
 La voy á perder, decía
 Lleno de congoja Eduardo,
 Y Bruno quedaba absorto
 Lleno de piadoso pasmo;
 Y el odio que en sus entrañas
 Tenía reconcentrado
 Contra el padre de María
 Por tan dilatados años,
 Extinguiéndose de pronto

En su pecho lacerado
De cristiana compasión
Sintió saludable bálsamo;
Y cuando el último aliento
Arrojaba el pobre anciano,
Bruno el infame bandido
Calló al punto arrodillado.

Puso María sobre la tumba flores
Como puso en su alma
El sello á sus amores
Que la robaron su sencilla calma,
Y en una tarde del Invierno crudo
En que silbaba el viento
Llevando airado con su empuje rudo
De la bella María el triste acento,
De esta manera Eduardo la decía:
—Al fin me dejas sin piedad, María;
Al fin de duelo tanto
Te mirarán partir al monasterio
Mis ojos anegados por el llanto?
¿En dónde está tu amor? aquellas horas
Que junto á mí pasabas, qué se hicieron?
¡Palabras ¡ay! que al viento se perdieron

—No injusto así de mi congoja fiera
Aguces torpe la acerada punta,
Una y mil veces mi cariño ciego,
Eduardo, te juré, jamás el fuego
Que aquí sintiera se entibió, lo sabes,
Y aún en este momento
Te amo como te amara el primer día
Y dentro el pecho siento
La misma intensidad, el mismo anhelo,
El mismo sentimiento;
Mas si por ese amor horrible falta
La hija cometió y en el abismo
En que insensata me sumí la mano
La sabia Providencia me tendiera,
Cuando en vez de pagar mi negra culpa
Con verme envilecida,
Por la luz de los cielos circuída
Ante la Virgen santa
Sentí temblar mi descarriada planta
Quieres que torpe el galardón olvide
Que debo á mi divina salvadora?
Quieres que la expiación que he prometido
Se convierta en delicia halagadora,
En mundanal amor ¿quieres que el voto

Solemne que hice ante la Virgen pura
 Olvide ya por nuestro amor perjura?
 Déjame, pues, que en el cerrado coro
 Mi voz los salmos de la Iglesia cante,
 Y que á la augusta Madre á quien adoro
 Con fé cristiana el corazón levante.—
 Así la mano del destino adverso
 Al desdichado amante precisaba,
 Á renunciar á aquel amor tan puro
 Que en su pecho abrigaba,
 Dando á su vez de abnegación ejemplo,
 Cuando en las altas bóvedas de un templo
 Del órgano el concierto resonaba;
 Mécese ya los incensarios de oro
 Que lanzan azuladas espirales,
 Y en religiosa ceremonia el coro
 De las esposas del Señor recibe
 Á María de los Ángeles, que al mundo
 Dá su postrer adios, llena su alma
 De fé sublime y de dolor profundo:
 Al abrirse las rejas,
 Al rumor de los sólidos cerrojos,
 Tiende la vista en derredor, sus ojos
 Percibieron de pronto una figura

Que en su ademán y lánguida postura
 Reconoce al instante
 A Eduardo, al triste y desgraciado amante
 En cuyo húmedo párpado brillaba
 Una lágrima ardiente que abrasaba:
 ¡Adios! dijo al pasar con sordo acento,
 Y un suspiro escuchó; sonó la puerta,
 El órgano cesó y allá en el coro
 Quedó otra monja para el mundo muerta.

XI.

CONCLUSIÓN.

En esa misma ocasión,
 Ya muy entrada la noche,
 Dos silenciosos ginetes
 Van por el campo á galope;
 Y van con seguridad,
 Que harto el camino conocen,
 Siguen una calle de árboles
 Al fin de la cual se esconde
 Una casa donde paran,
 Entran, y nadie los oye;
 Allí encontraron á Pablo,

Que en aquella misma noche
 Y á la hora misma en que
 Resonaban los acordes
 Del órgano en el convento
 En que María se esconde,
 Espiró desesperado
 Y sufriendo mil dolores,
 Pues la herida de su brazo
 Descuidada cangrenose.
 Pasaron Eduardo y Bruno
 Junto á él, le reconocen,
 Y retroceden de espanto,
 Pues tanto desfiguróse
 Que su cara contraída,
 En fuerza de los dolores,
 Parece de un condenado
 La muda estatua de bronce.
 Entraron los caminantes
 En su pensamiento acordes,
 A la estancia más oculta
 De aquellas habitaciones.
 «Aquí está» exclamaron presto,
 Y descubriéndose entonces
 De hinojos los dos cayeron

Con religiosos temores
 Ante un cuadro de la Virgen
 Cercado de resplandores.

Y en la celdilla humilde de María
 Algún tiempo después, aquella imagen
 Sincero y puro culto recibía;
 Las más lozanas flores
 La arrepentida monja le ponía,
 Combatiendo sus pérfidos dolores,
 Y en ferviente oración allí encerrada
 Largas horas pasaba arrodillada.
 Y aún cuentan todavía,
 Que en mitad de la noche sosegada,
 Ya alumbre pura la extensión vacía
 Casta Luna argentada,
 Ya breme el aquilón, ó truene el rayo,
 Caiga pesada lluvia, ó escarcha fría,
 En el dintel de un templo
 Dos ancianos se miran haraposos
 Pasar allí las horas silenciosos
 Como en honda oración, hasta que ufana
 Los alumbra la luz de la mañana.